



¿TANTO MONTA? ISABEL LA CATÓLICA A PARTIR DE DOS NOVELAS DE MEMORIAS DEL SIGLO XXI

«¿TANTO MONTA?» ISABELLA THE CATHOLIC
PORTRAYED BY TWO 21ST CENTURY MEMOIR NOVELS

Antonio Huertas Morales
Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales
Universidad Rey Juan Carlos
antonio.huertas@urjc.es
<https://orcid.org/0000-0002-2835-9088>

Recepción 30-03-2023 – Aceptación 17-05-2023

Resumen

El presente trabajo tiene por objeto analizar la imagen de Isabel la Católica que se desprende de la lectura comparada de las dos únicas novelas de memorias o pseudoautobiografías literarias acerca de los Reyes Católicos publicadas en España en el siglo XXI: *Yo, Isabel la Católica* (2002), de César Vidal, y *Yo, Fernando de Aragón. El único rey de las Españas* (2004), de Manuel Ayllón. Partiendo de las posibilidades de tal modelo genérico, y entendidas ambas novelas como literatura de conmemoración, pretendemos demostrar a través de algunos episodios especialmente relevantes que existe entre ellas una relación, que creemos deliberada, para contraponer la figura de ambos monarcas, derivación literaria de su «divorcio» en la historiografía

Palabras clave

Isabel I de Castilla, Fernando II de Aragón, Reyes Católicos, novela histórica, novela de personaje.

Abstract

I analyze in this paper the image of Isabella the Catholic that emerges from the comparative reading of the only two memoir novels or literary pseudobiogra-

phies about the Catholic Monarchs published in Spain in the 21st century: *Yo, Isabel la Católica* (2002), by César Vidal, and *Yo, Fernando de Aragón. El único rey de las Españas* (2004), by Manuel Ayllón. Based on the possibilities of such a genre, and understanding both novels as commemorative literature, I intend to demonstrate, especially through the comparison of some relevant episodes, that there is an opposition between the figures of both monarchs that may be considered a literary derivation of the «divorce» suffered in historiography

Keywords

Isabella I of Castile, Ferdinand II of Aragon, Catholic Monarchs, Historical Novel, Memoir Novel.

Sin alterar en lo más mínimo el rigor de las noticias documentalmente comprobadas, se puede convertir la biografía de la reina Isabel en argumento para una novela. (Suárez, 2002a, p. 31)

I. BREVE ABANICO DE MÚLTIPLES APARICIONES

En su aproximación al estudio sobre los Reyes Católicos y el cine español, Salvador Miguel (2009) afirmaba que, desde 1975, los monarcas «han seguido quedando fuera de las predilecciones de la industria cinematográfica, al igual que ha ocurrido, por cierto, con la novela histórica» (p. 521), con palabras poco halagüeñas, ha de notarse, para los dos títulos que compila: *Isabel, la Reina*, de Ángeles Irisarri (2001), que «acoge un cúmulo de despropósitos inverosímiles [...] y de antológicos disparates lingüísticos», y *El pedestal de las estatuas*, de Antonio Gala (2007), que «no pasaría de un soso entretenimiento a no ser por la pedantería ignorante del autor, empeñado en hacer pasar por verdad cuantos dislates históricos se le ocurre amontonar» (p. 522).

Si bien para el cine puede admitirse la «raqúitica presencia» y la «indigencia temática» de los títulos acerca de los monarcas, como ya notaba Barrio Barrio (2005) al señalar que «Algunos de los más destacados personajes de la Historia Medieval o hechos históricos de gran relevancia apenas han tenido proyección en el cine» (p. 244), la afirmación en lo que a la novela histórica se refiere resulta harto matizable, si no directamente falsa.

Personaje de capital importancia en la historia, Isabel I de Castilla también lo ha sido para la narrativa sobre nuestro pasado, hasta el punto de que abordar las

aristas de su biografía, así como las de su leyenda, merecería múltiples trabajos. Su figura, sin asomo de dudas, es la que ha inspirado las plumas de mayor número de autores extranjeros: ahí están la exitosa saga de Jean Plaidy (1960a, 1960b, 1961) o la novela de Gortner (2012), relato de la propia Isabel desde sus tiempos de juventud hasta el año 1492; incluso otras, como la de Nancy Rubin (1991), que no lo son, pero que aparecieron en nuestro país como tales.¹ Tampoco le han faltado cantores a Isabel en la narrativa española más reciente, ya sea a través de un relato lírico de su reinado, donde asoman el sueño de América y la infanta Juana comparte protagonismo con su madre (Francés Vidal, 1999); sea a través de la novelización de su tiempo, con el deseo de honrar la memoria de la reina: la austera, la valiente e intrépida, la prudente y honesta (Hernando Polo, 2007); el relato de su vida —hasta la boda con Fernando (Irisarri, 2001a), la toma de Granada (Irisarri, 2001b) y la jornada de su muerte (Irisarri, 2001c)—, que transcurre de manera paralela, para acabar confluyendo, con la de la bruja María de Abando y las maniquitas gemelas Leonor y Juana Téllez de Fonseca, marquesas de Alta Iglesia, las cuatro hijas de la luna roja de del 22 de abril de 1451; o versiones más historiadas, como la de Vizcaíno Casas (1987), un éxito de ventas en su momento, a pesar de que unos escuálidos diálogos no eviten que se trate de historia divulgativa, o la de Cavanillas de Blas (2016), centrada en su matrimonio con Fernando II y en un tono desenfadado y no ausente de excursos anacrónicos.

Cuenta, además, la Reina Católica, con la revitalización de su figura en la exitosa serie de televisión de TVE —estudiada por Salvador Esteban (2016), Camacho González (2020) y Godoy (2018), quien la considera «un trabajo sencillamente bueno sobre nuestra historia, la de antes y la de ahora» (p. 542)— emitida entre 2012 y 2014: un total 39 capítulos distribuidos en tres temporadas que han dado lugar, asimismo, a un interesante ejercicio transmedia en las obras de Olivares (2012) y Maurel (2013 y 2014), con las mismas licencias e idéntico tono decididamente laudatorio hacia Isabel, pero de igual forma con los atractivos del lenguaje cinematográfico.

De hecho, se ha interesado también por su persona la literatura infanto-juvenil, ya sea internacional, como *Isabel. Princesa de Castilla* (2001), uno de los «Diarios de Reinas y Princesas» de Carolyn Meyer, redactado por la joven Isabel desde 1466 hasta 1469 a instancias de su confesor, Tomás de Torquemada (nótese la licencia o, si se quiere, el anacronismo) para el examen de su conciencia; o

¹ Fue publicada en España como *Isabel de Castilla. La primera reina del Renacimiento*, dentro de la colección Apóstrofe de Novela Histórica, pero es más bien un ensayo histórico divulgativo con no pocas lagunas.

nacional, con títulos como *La dama de la reina Isabel* (2003), de César Vidal, en la que Beatriz de Soto —dama «por accidente» de la Católica que en mucho recuerda a Beatriz de Bobadilla— relata a su hija María la vida de la reina. La exposición empieza el mismo día de la muerte de Isabel I, a quien María iba servir, como lo hizo su madre, y tiene a Nuño como contrapunto del hagiográfico recorrido de quien, acompañada de la razón, «porque ésta siempre se halla del lado de los que quieren mantener a España unida» (p. 101) y «gracias precisamente a esa fe [la infundida por fray Lorenzo], se convirtió en la reina más importante de nuestra historia» (p. 22).

Además, y como no podía ser de otra manera, la reina excede el rol de mera secundaria en los títulos en torno a la biografía de sus coetáneos. Por supuesto, el de Fernando el Católico es el mejor de los ejemplos, si bien, en tanto que iremos interrelacionando posteriormente algunos títulos, mencionaremos aquí únicamente la novela de Martínez Rico (2015), en la que predestinación y mesianismo ocupan un lugar destacado en una trama en la que el rey alcanza finalmente Jerusalén, y en cuyo epílogo el autor vindica el interés de la figura del Católico, tanto o más fascinante que la de Isabel, a pesar de que ha sido la reina quien, siempre según Martínez Rico, ha merecido mayor atención de los novelistas. Destacan también aquellas obras en torno a Juana la Beltraneja. Isabel se convierte en «la desalmada tía» en el relato de Mencía, o en «esa usurpadora» y «la roba tronos», en la declaración de Juana, ambas contenidas en la novela de Almudena de Arteaga (2001, pp. 190, 203 y 204), donde la Católica alcanza el subtítulo. En la propuesta de Carrillo de Albornoz (2004), cuando en su retiro portugués la Excelente Señora ya ha templado sus odios, quien aún se intitula reina de Castilla no deja de considerar a la Católica como una usurpadora, y la acusa de doblez, de intrigar, de intentar matarla (bien sabían de su legitimidad), de hacer a un lado los intereses de Castilla —manipulada por Fernando— en favor de los de Aragón, de empobrecer el reino con la expulsión de los judíos y ensombrecerlo con las quemas de la Inquisición. Solo le queda a la hija de Enrique IV el consuelo de la maldición que lanzó sobre su linaje, aunque sabe reconocer en Isabel la belleza, la inteligencia, la osadía o el carácter.

Por su parte, la novela de Álvarez Avello (2016) indaga en la vida de Jorge Manrique a través de la memoria dialogada de su hermano bastardo Juan Manuel (hijo de Rodrigo Manrique y Juana, hija de Manuel), en trance de muerte, para quien Elvira e Isabel-Castilla, «la más grande de los reyes conocidos» (p. 168), son el origen de todo, pero también el final de los Manrique: «Hubo muchas Isabeles: Isabel la reina, la mujer, la usurpadora, la católica, la difamadora, la del brazo firme, la buena administradora, la guerrera, la madre triste, la conquistadora, la

mujer celosa, la unidora, la pobre, la bien aconsejada, la que echó a los judíos, la única capaz de cambiar el Orden de las cosas...». Para ese Manrique ficticio que de ella se enamoró —pero fue un amor cortés, doloroso, puesto que hubo de ser los ojos de la reina para describirle al rival, a Fernando de Aragón—, «Pobres y vanos éramos los hombres en manos de Isabel. Ineptos, obtusos, lerdos. Ni hombres siquiera» (p. 291). A su vez, Gala (2007), al exponer el material de que está hecho el pedestal de las estatuas, cuestiona la evolución de los reinos por las políticas emprendidas por los Reyes Católicos (América, la unidad religiosa, la Inquisición), puesto que, para el narrador, todo lo que se alaba de los Católicos es una broma histórica. Parece que Gala tiene presente el proceso de beatificación de la reina, de manera que el setentón Antonio Pérez, quien fuera secretario de Felipe II, analiza las que para él son las nefastas consecuencias del reinado de Isabel y Fernando, y en la primera parte su afilada lengua viperina apunta sobre la reina —sugiere dudas sobre la posible paternidad de don Álvaro de Luna—, que todo lo veía y escuchaba, dispuesta a conseguir lo deseado, dejando la moral a un lado y abrazando el crimen, loca como su madre y su hija, hipócrita y embustera, ególatra; creyéndose designada por Dios, por encima de todos, el suyo fue un poder teocrático que se convierte en exaltación de un poder autocrático, o un afán teológico confundido con otro afán, el de utilizar a Dios como vía de su propia ambición.

Asimismo, podemos encontrar a Isabel en su recreación más justa, generosa y reformadora en la leyenda de *El señor de Carucedo* (2003), de Redondo Ledo, o, por el contrario, su imagen más ladina y torticera, en la de *La dama de Arintero* (2006), de Martínez Llamas, donde Juana García le atribuye la expulsión de los judíos y la persecución de los moriscos y de los partidarios de la Beltraneja. Tampoco la legendaria dama será ajena a ella, puesto que la Católica la conminará a rechazar los privilegios concedidos por el rey Fernando, quizá por no soportar que una dama goce del aprecio de su marido, y llegará a contratar mercenarios para que se los arrebaten por la fuerza. Y también en las novelas que pretenden rescatar el papel de la mujer en la historia, como la de Beldarrain (2007), en la que una Isabel siempre rodeada de damas de amplia cultura, pero envejecida por las continuas gestiones de Estado y el sufrimiento derivado de las infidelidades de Fernando, solo puede disculparse secretamente ante Domenja de Oñate, puesto que debe ante todo mantener honra y honor.

Es posible incluso rastrear la regia presencia en novelas negras y de misterio, como la de José Guadalajara (2005), que, en torno a las pesquisas de Juan de Oviedo por localizar el testamento en el que Enrique IV, presumiblemente envenenado, podría haber confirmado a Juana como la legítima heredera, nos

presenta a la Isabel más propagandista, que se siente legítima y que, determinada, sabe domeñar a Fernando; la de Luis Zueco (2023), donde la muerte, en realidad asesinato, del infante Alfonso aún reivindica feministas y los vericuetos del ajedrez en la figura de Isabel, reina del nuevo tablero político; e incluso en la saga policíaca de García Jambrina: según relata *El manuscrito de nieve* (2010), la reina regresa de tapadillo a Salamanca —había jurado no hacerlo tras la muerte del príncipe Juan, ficcionalizada en la entrega anterior, *El manuscrito de piedra* (2008), en la que ordena clausurar la cripta de San Cebrián— y ofrece a Fernando de Rojas el cargo de pesquisidor real. Es, sin embargo, otra novela de García Jambrina, *La corte de los engaños* (2016), que aborda el atentado sufrido por Fernando II en Barcelona, tramado por los perjudicados por las políticas de los Católicos, y especialmente de Fernando, la que nos propone un mayor pacto literario: el de una Isabel que pugna entre el afecto por la Latina y los celos por el ultraje al que la ha sometido Fernando.

Es de notar, en último lugar, que algunos de los acontecimientos más relevantes de su reinado, reescritos, mitificados, proyectados, han cobrado vida literaria propia e independiente, con polémicas recientes que atañen especialmente a la leyenda negra: nos referimos, claro está, a esos eventos que, para el caso peninsular, y aun tratándose de una reducción escolar, habrían de marcar el final de la Edad Media, pero que siguen de oportuna actualidad, si alguna vez han dejado de estarlo: la toma de Granada y la Reconquista, vista a veces desde un prisma esencialista; la expulsión de los judíos y el antisemitismo o antijudaísmo; y el descubrimiento, o conquista, o expolio, o encubrimiento de América. Para un estudio meramente literario, quizá este último acontecimiento sea el más relevante, especialmente por su incidencia en la transformación o actualización del género histórico.

El descubrimiento de América va a tener una importancia capital en el desarrollo y evolución de la novela histórica, tanto en América, con lo que ha dado en llamarse la «nueva novela histórica» (Menton, 1993),² como en España. Dejando al margen periodizaciones o marbetes, algunos estudiosos señalan que la litera-

² González Pérez (1992) establece tres grandes períodos en los que la narrativa hispanoamericana ha vuelto sus ojos hacia el Descubrimiento y la Conquista. La primera de estas etapas abarca desde la segunda década hasta finales del siglo XIX, con el fondo de la independencia americana. La segunda se inicia en 1898 y con la fase «americanista» del modernismo, mientras que la tercera tendría como punto de partida *El mundo alucinante*, de Reynaldo Arenas, en 1969. Aunque las obras agrupadas en este período por González-Pérez alcanzan hasta 1984, con *La noche oscura del Niño Avilés*, de Edgardo Rodríguez, lo cierto es que esta última etapa se prolonga en el tiempo, con otras novelas como *Vigilia del Almirante*, de Roa Bastos, que se publicó en 1992.

tura hispanoamericana de la segunda mitad del siglo xx «se ha embarcado en la aventura de releer la historia, especialmente Crónicas y Relaciones, ejercitándose así en modalidades anacrónicas de la escritura, el pastiche, la parodia y el grotesco, con la finalidad de *deconstruir* la historia oficial» (Aínsa, 1991, p. 15), y en este periplo es donde se produce un intento desacralizador o desmitificador de la figura de Colón y un cuestionamiento del Descubrimiento,³ generalmente a través de diferentes mecanismos textuales ausentes en la novela histórica tradicional.⁴ Solo por recordar algunos de los ejemplos más conocidos, podría citarse, en primer lugar, *El arpa y la sombra*, de Alejo Carpentier (1979), toda una respuesta a obras encomiásticas y hagiográficas, como las de Claudel o León Bloy, en la que nos encontramos a un Colón ambicioso (el descubridor descubierto, el descubridor puesto en descubierto, el «hombre-condenado-a-ser-un-hombre-como-los-demás»), sediento de oro y viviente en la lujuria, que habría de cumplirse en la reina Isabel, la Columba amante (pero no por amante menos artera, ni menos varona), la que mandaba de verdad y de verdad montaba en la corte castellana, ya indiferente a las infidelidades del marido y más interesada en «joder a Portugal» con el descubrimiento que ingenua ante las promesas del marino. Su negativa a la esclavitud, de hecho, será clave para que no se produzca la canonización del Almirante. En segundo lugar, convendría mencionar *Los perros del Paraíso* (1983), de Abel Posse, donde la reina es el virago de la casta Trastámara, con un cuerpo de rumbera de treinta y dos años y olor de tigre en celo, adepta de la secta de los buscadores del Paraíso, miembro de los fidelísimos SS que formaron la España grande, una y fuerte.

También las celebraciones del V Centenario iban a dejar una impronta narrativa bien visible en la novela española, alentando el posterior *boom* de la narrativa histórica. La desacralización del Almirante y el cuestionamiento del Descubrimiento puestos en marcha desde la narrativa hispanoamericana se iban a extender, si bien con matices, a las letras españolas, más próximas a los modelos

³ En palabras de Pulgarín (1995, p. 57), «La novela contemporánea aborda el hecho histórico del “Descubrimiento” revelando la cara que oculta la historia oficial, reescribiendo las crónicas de la época y utilizando la memoria y la imaginación colectiva para reelaborar una visión nueva. La novela asume el papel de reveladora de la historia utilizando para ello un discurso desmitificador y paródico con el que no pretende en ningún momento resolver enigmas sino cuestionarlos desde una óptica diferente».

⁴ Moragón Maestre (1987-89) incide en cómo hasta la «nueva novela» no se había parodiado la Colonización. El concepto de «nueva novela histórica», no obstante, no carece de lagunas y críticas, aunque queda fuera del objeto del presente artículo su exposición. Remitimos para ello, por ejemplo, al trabajo de Grützmacher (2009).

tradicionales y a las versiones historiográficas, o más empeñadas en ahondar en los misterios del pasado para dilucidar la identidad y el origen del Almirante, a veces a través de novelas de indagación histórica o novelas policíacas estructuradas sobre las incógnitas y lagunas de su biografía, cuyo origen se sigue reivindicando desde múltiples geografías patrias (Huertas Morales, 2015b).

En *La última odisea* (2007), de Caballero Mesa, el viaje colombino parece poco novedoso, y el Almirante se encuentra con que parte de su tripulación cree que su expedición ha sido en realidad un plan urdido por el Vaticano para resucitar la ruta del oro templario en el que confluyen, no siempre de modo armónico, los intereses del papado, los de la orden de Cristo, los de ciertos particulares y los de Castilla y Aragón. La reina es descrita como una mujer seductora y atractiva con la que el marino simpatizará enseguida. Sin embargo, no por ello Isabel deja de ser una reina astuta que en todo momento llevará el rumbo de la conversación y le sonsacará al almirante todos sus planes, sin otorgarle a cambio ninguna promesa en firme de la colaboración de la Corona. Por su parte, en *La ruta perdida* (2008), de Luis Miguel Guerra, nos encontramos ante un Colón hijo de Aldonza de Mendoza y educado en un convento de monjes jerónimos, que, ávido de gloria y de fama, y desconfiando de todos los que le rodean, acabará desencadenando rumores sobre su locura y su papel de iluminado. Aquí Isabel es presentada como una mujer que, pese a poseer excelentes habilidades políticas, echa de menos los años despreocupados de la juventud. La Católica, fría y autoritaria con los cortesanos, se muestra pasional y celosa ante las frecuentes infidelidades de Fernando, y se vuelca en la protección de sus hijos, mientras deja que el cardenal Mendoza la acompañe en sus decisiones.

Sirvan estas líneas, sin ninguna pretensión de exhaustividad, para dar cuenta, en primer lugar, de la relevancia de Isabel —extensible a la de todo su linaje— en la narrativa histórica contemporánea; en segundo lugar, para enfocar correctamente el problema de la escasez, que no es de títulos publicados, sino de estudios que aborden esta literatura en continua producción; y, por último, para justificar las necesariamente humildes proporciones del presente trabajo, que tiene por objeto analizar la imagen de Isabel la Católica que se desprende de la lectura comparada de las dos únicas novelas de memorias⁵ o pseudoautobiografías literarias acerca de los Reyes Católicos publicadas en nuestro país en el siglo XXI: *Yo, Isabel*

⁵ Aunque emplea el recurso del manuscrito encontrado para presentar la autobiografía de Fernando el Católico, dejamos al margen la novela de Salvador Rus (2010), por tratarse más bien de un intento de enseñanzas, consejos o reflexiones destinados a un ámbito empresarial.

la Católica (2002), de César Vidal, y *Yo, Fernando de Aragón. El único rey de las Españas* (2004), de Manuel Ayllón.⁶

2. PALABRA DE REY (O REFLEXIONES SOBRE UN GÉNERO)

La novela de César Vidal (2002) presenta al lector las memorias autógrafas de Isabel la Católica, quien, en los últimos compases de la enfermedad que habría de poner fin a su vida, se remonta a ese 22 de abril de 1451 en que llegó al mundo en Madrigal. El contrapunto de sus recuerdos, que se articula en pasajes alternos como comentario, es la narración del galeno Haym ben Isaac, que inicia su relato cuando ha pasado un año de la muerte de Isabel, y Fernando ha concertado su matrimonio con la joven Germana de Foix. Por su parte, la novela de Manuel Ayllón (2004) también arranca en Medina del Campo, pero el 26 de noviembre de 1504, es decir, el día del fallecimiento de Isabel, y culmina cinco años más tarde, con la muerte de Juan, el hijo habido entre la sobrina de Luis XII y el rey Católico.⁷

Al esbozar su tipología de modelos textuales en torno a la novela de tema medieval, Gómez Redondo (2006) clasificaba las memorias, uno de los esquemas textuales más empleados por esta narrativa, dentro de los marcos genéricos de la Edad Media. Advertía, además, que

Ya se trate de una figura regia o de un testigo privilegiado, el conocimiento directo de los hechos por quien los ha vivido o presenciado permite trazar tensas indagaciones sobre cada una de las épocas en que se inscribe la existencia de esos narradores homodiegéticos, que suelen rememorar su vida en los últimos compases de la misma y en una situación muy diferente a la del honor y la gloria que han conocido. Esta dislocación temporal, necesaria por otra parte, otorga credibilidad a esas voces que manifiestan un profundo desengaño con respecto al tiempo que les tocó vivir; por lo

⁶ El esquema de las «memorias de ultratumba» (Huertas Morales, 2015, pp. 88-89) fue el empleado por Vaca de Osma (1995) para que el «colosal» Fernando narrara su verdad. Lo que el propio Católico denomina «autocrónica» en realidad es un pseudodiálogo entre el cronista y el monarca, que aparece en la cripta de la catedral de Granada para relatar —aunque a veces deja directamente paso a las crónicas— su historia, un intento en el que se incluyen apéndices, bibliografía, índice onomástico, etc., que lo alejan de la literatura para acercarlo a la historia divulgativa.

⁷ No ahondaremos en las divergencias en el tiempo de la narración, obvio para el lector, por no resultar productivo para los fines de nuestro estudio. Abordaremos ambos títulos bajo el mismo prisma en tanto que el contenido analizado en estas páginas comprende el reinado conjunto de los Reyes Católicos, lapso que corresponde pasado rememorado tanto para la moribunda Isabel de Vidal (2004) como para el aún combativo Fernando de Ayllón (2004).

común, son personajes que defienden su «historia» personal de las circunstancias de la Historia que acabó por sojuzgarlos, además de enjuiciarlos (p. 330).

Sobre este modelo, se podría distinguir entre, por un lado, las autobiografías noveladas, donde, como notaba Díaz-Mas (2005, p. 113), el uso de la primera persona es apenas el único artificio literario o ficcional que tienen estas obras, muy próximas a los ensayos divulgativos, y, por otro lado, las «novelas de personaje», «que se escriben en torno a la biografía de una figura histórica, hombre o mujer, que se quiere recrear en su complejidad humana, reivindicar respecto de la historia canónica o simplemente recordar (Pérez Priego, 2005, p. 585). El marbete lo aprovechábamos (Huertas Morales, 2015, pp. 90-92) para caracterizar aquellas títulos en los que el protagonismo queda asumido por personajes reales y de gran importancia histórica, pero en los que la abundante documentación existente pierde relevancia. El verdadero interés no reside en contar los hechos de la historia, lo constatablemente ocurrido, sino en narrar todo aquello que no tenía cabida en las crónicas, es decir, el mundo interior de los personajes, los mecanismos y las pasiones íntimas que tejieron los acontecimientos de la época. Es el propio personaje histórico el que se narra a sí mismo, por lo que crónicas y fuentes ceden su lugar a la introspección psicológica y las vivencias personales, la interioridad del personaje.

Se trata, por tanto, de obras vinculadas especialmente al género testimonial de las memorias, en las que los grandes personajes de la historia o quienes los acompañaron narran en primera persona sus propias experiencias, desdibujadas a veces por el filtro de del recuerdo. La verdad personal, íntima, desplaza, por tanto, a la verdad documental de la historiografía. En muchos casos estas confesiones llegan al lector a través del conocido recurso del manuscrito encontrado, de larga tradición en nuestras letras y en la novela romántica decimonónica. Estas novelas suponen sobre todo una indagación en el propio personaje histórico. El buceo por su memoria y por su mundo interior, que suele ser respetuoso con los hechos documentados, o al menos los externos, permite que el autor indague y exponga otros motivos más personales e impactantes que justifiquen sus actos: a veces, iluminando aquellos rincones donde el historiador no alcanza, por documentación insuficiente; otras veces, dejándose llevar por morbosas y ocultas pasiones; finalmente, también contradiciendo las versiones oficiales, falseadas por los vencedores u ocultadas con distintos fines.⁸

⁸ Aunque el trazado biográfico está ya dado, «queda siempre al arbitrio del novelista la interpretación, claro que siempre que se ajuste a lo verosímil y sea más atractiva que la ya dibujada en la crónica histórica. Por eso la exposición en primera persona de los hechos, con su enfoque desde

Tanto la novela de Vidal (2002) como la de Ayllón (2004) pertenecen a este segundo modelo o, al menos, marcan esa transición entre lo historiado —las secuencias correspondientes al relato de Isabel, en la primera— y lo sentido —el contrapunteo de Haym, en la primera, y la narración de Fernando, en la segunda. Existe entre ambas una estrecha relación, deliberada —según creemos— o no, que tiene como punto de partida uno de los motivos, fruto de la moda de postal y *souvenir* de nuestra cultura, que vendrían a explicar la presencia continuada de narrativa histórica en las librerías y que coadyuvó al éxito del género en el período de entremilenios, aunque hasta la fecha no se le haya prestado la debida atención: su condición, tantas veces, de literatura de celebración y/o encargo, elaborada con ocasión de conmemoración de algún evento. En este caso, se trata de un proyecto editorial: la colección de Belacqua que, bajo los títulos «Yò...», retomó a algunos de los protagonistas de nuestro pasado y que, en torno al 2004, año en el que se cumplía el V Centenario de la muerte de Isabel, se encargaría de ficcionalizar para el lector los últimos compases del medievo hispano —los títulos aquí analizados quedarían complementados por la novela de Carrillo de Albornoz (2004) más arriba mencionada, en torno a Juana la Beltraneja. Abordaremos a lo largo de las siguientes páginas el análisis de la figura de Isabel la Católica, con especial hincapié en la relación con el rey Fernando, a través de algunas secuencias o motivos que nos permiten sostener la lectura de ambos títulos como confrontación o respuesta, si bien nos detendremos con especial atención en argumentos de capital importancia histórica, que por motivos de extensión limitaremos a dos —la legitimidad de la reina Isabel para suceder a su hermanastro Enrique IV y la intervención de los Reyes Católicos en la expedición colombina—, pero que nos permitirán mostrar cómo esa contraposición influye en la selección de fuentes y en la operación sobre las mismas.

2.1. *Pedámbulo: muere la reina en Medina del Campo*

La novela de César Vidal (2002) nos presenta a una Isabel que, aun consciente de la locura de su hija Juana, espera serena la muerte y nos deja su memoria autógrafa, redactada secretamente en cálamó sobre papel. Se trataría de su último escrito,

dentro, y sus matices apologéticos, resulta atractiva, para dar una visión distinta» (García Gual, 2002, p. 137).

puesto que alude al testamento del 12 de octubre dictado al notario Gaspar de Gricio y a las disposiciones de su codicilo.

Con todas las licencias que se le puedan suponer a una creación literaria, la voz de Isabel, lo que ella llama sus «recuerdos de vieja» (p. 28), parece coincidir con la visión de la historiografía contemporánea. Se cargan las tintas en la fe y espiritualidad de esa reina cuya «profunda formación religiosa que intentaron transmitirle sus maestros desde los primeros años, caló con tanta hondura que moldeó de manera definitiva su alma y su mente» (Suárez, 2002a, p. 10).⁹ Así, para la Isabel de César Vidal, «La fe es la seguridad cierta de que Dios, que existe y es único, lo ve todo y todo lo provee, de que no desampara a aquel que a Él se acoge y de que a Él podemos acudir con total confianza en que nos dará no lo que más agrade a nuestros apetitos sino lo más conveniente» (p. 14). Una fe que, ante la serie de acontecimientos que había de finalizar con ella en el trono, se convierte en providencialismo, de una vida que alcanza sentido dentro de los planes de Dios, en cuya causa combate junto a Fernando, argumento esgrimido tantas veces por los propios cronistas:¹⁰ «Porque no buscaba yo mi propio interés, ni el dar rienda suelta a mis apetitos sino el que se cumplieran los designios más elevados de Dios estaba yo cierta de que recibiría Su ayuda y, efectivamente, así fue» (p. 52; véanse también, por ejemplo, pp. 188 y 237). En ese mismo sentido reivindica su prohibición de la esclavitud, su legado en América (p. 133); su razón de estado y rectitud, «deberes hacia Dios y hacia España» (p. 242); la vergüenza que supuso para ella la farsa de Ávila (p. 26); los aspectos negativos del ocio (p. 31) o la soberbia (p. 33) en un monarca.

Sin embargo, no se trata de una hagiografía: no excluye algunas de las críticas volcadas por los cronistas coetáneos, tales como su propensión a la ira, que reconoce como su pecado (pp. 91, 121); haber faltado a su palabra en los acuerdos de Guisando (p. 52), o la belleza que le suscita ver a un criminal ahorcado (pp. 125,

⁹ «Sin los lazos, profundos y sutiles de una religiosidad que, desde la infancia, empleaba muchas horas en la oración, resulta absolutamente imposible conocer qué fueron la vida y la obra de Isabel. Aciertos y errores se encuentran en el mismo origen» (Suárez, 2002a, p. 19). De manera parecida se expresa Tarsicio de Azcona, al afirmar que «La vida espiritual consciente y comprometida fue el hilo conductor de la vida de la soberana (p. 42).

¹⁰ Puede consultarse al respecto el trabajo clásico de Cepeda Adán (1950). Lo explica así Suárez (2002a), al relatar la muerte de Pedro Girón: «Los historiadores debemos prescindir de cualquier alusión a lo providencial del suceso, pero en la mente de la infanta se dibujó el esquema que aparece reflejado en el manifiesto de 1471: el mismo Dios, “para mi mayor guarda que la que yo en el rey tenía”, acudiendo a sus peticiones angustiosas, le había devuelto la esperanza. Sucesos como éste, y en su biografía encontramos más de uno, contribuyeron sin duda al fortalecimiento de su fe» (p. 27).

149), con lo que parece aludir a los episodios de justicia relatados, entre otros, por Pulgar (1943, cap. XCI) y Bernáldez (1962, cap. XXXI).

En lo que a su matrimonio y su reinado con Fernando se refiere, lejos de los excesos románticos y sexuales que otras ficciones presentan —no parece baladí que la reina se moleste en apuntar que nunca tuvieron encuentro carnal antes del matrimonio (pp. 64-65)— en torno al amor pasional o a los terribles celos,¹¹ la Isabel de Vidal (2002) no oculta que la decisión de matrimoniar con Fernando de Aragón estaba motivada por la conveniencia política y no por el sentimentalismo,¹² pero también incide en la fuerte unión de los monarcas, que, tal y como relatan los historiadores, aunque necesariamente hubieron de discrepar, quisieron mostrarse copartícipes del devenir de su reinado,¹³ supieron avenirse y, por qué no, incluso amarse.¹⁴

La propia Isabel nos narra la vertiente práctica del matrimonio y alaba el buen entendimiento que hubo entre ambos;¹⁵ por supuesto, existieron momentos en

¹¹ Apenas se incluye alguna alusión a los deslices del rey, como las distinciones a su hijo natural, el que sería arzobispo de Zaragoza. Lejos de ahondar en la conducta de su marido, Isabel vincula reforma religiosa y providencialismo: «No rechazaba yo a don Alonso [de Aragón] porque fuera un bastardo ya que he conocido hombres de alta cuna que actuaran como sujetos viles y a villanos merecedores de las más altas recomendaciones. No, lo que no estaba dispuesta a permitir era que el gusto mundano de mi marido truncara un proyecto mucho más alto. Desde luego, no fue fácil enfrentarme con Fernando. No lo fue porque me desagradaba tener discusiones con él. No lo fue, sobre todo, porque no podía yo perder esta batalla que no era la mía sino de Dios» (p. 243).

¹² «Lo que me impulsaba más a aquella boda era la convicción de que el príncipe Fernando debería un día suceder a su padre, el rey Juan, en el trono de Aragón y yo, a mi vez, me ceñiría la corona de Castilla cuando falleciera mi hermanastro. Si Fernando y yo nos casábamos, por lo tanto, los reinos de Castilla y Aragón se unirían y vendríamos a iniciar la consumación total del proceso de reunificación de España que nuestros antepasados habían iniciado ocho siglos atrás cuando un caballero llamado don Pelayo derrotó por primera vez a los invasores musulmanes» (p. 53).

¹³ «Es muy difícil separar las actuaciones de ambos porque insistieron mucho en la presentación de una obra conjunta» (Suárez, 2002a, p. 114).

¹⁴ «Dejando aparte almibaradas leyendas, Fernando e Isabel se casaron por razones políticas y fue el suyo un matrimonio de pura conveniencia en el sentido más noble de la palabra. Pero con el tiempo, al hacer del matrimonio una dimensión de cumplimiento religioso, pasando por encima de circunstanciales infidelidades del marido, ambos se comprendieron y, al comprenderse, se amaron. Los historiadores tenemos que perder el miedo a ciertas palabras. Al acercarse el momento de su muerte, Isabel tuvo la conciencia de que una de sus mayores fortunas había sido poder contar con tal marido» (Suárez, 1992, pp. 83-84).

¹⁵ «En ningún momento me mostré yo desabrida, insolente, malhablada o áspera con Fernando durante los años siguientes. No me resultó difícil porque había quedado establecido que lo mío seguiría siendo mío y que lo suyo sólo suyo continuaría siendo por más que siempre estuviéramos juntos y nos ayudáramos en nuestras empresas. Si yo hubiera entregado lo mío a Fernando y él hubiera

los que «Fernando podía errar, podía retraerse a acciones que yo consideraba obligadas e incluso podía tener motivos para actuar que no coincidían con mis pensamientos. Sin embargo, era hábil y sopesaba siempre con juicio la relación de fuerzas» (pp. 232-233).¹⁶

Las palabras de Isabel parecen inspiradas directamente por sus últimas disposiciones.¹⁷ Obsérvese este fragmento en el que, además de la conveniencia del matrimonio, y el amor que de él se derivó, alude al recto deber y las amplias miras de su gobierno, pero también a la apreciación hacia el marido, que se repite en otras ocasiones:¹⁸

Necesita la mujer del abrazo del hombre aunque únicamente sea para sentir que no está sola, que cuenta con un apoyo, que es amada y querida y apreciada, y a mí me era menester el de Fernando, *que fue el mayor don que Dios me hizo en este mundo*. Sin embargo, a pesar de la dulzura que me invadía cuando sentía que me amaba, nunca sentí la tentación que experimentan algunas mujeres de sólo entregarme a él y olvidar mis deberes. Durante décadas nos hemos amado Fernando y yo y estoy convencida de que así ha sido porque uno y otro bregamos, luchamos y trabajamos por causas comunes en que nos éramos indispensables. No nos mirábamos solo el uno al otro. Intentábamos sobre todo dirigir la vista hacia la misma dirección y semejante circunstancia no privó de fuerza a nuestro amor sino que lo fortaleció y lo convirtió en más deseable porque nunca nos empachamos de él (p. 117, énfasis nuestro).

hecho lo mismo, el resultado hubiera sido una desastrosa confusión cuyas amargas consecuencias quizá no hubiéramos podido superar» (p. 6).

¹⁶ «Podía yo en aquellos días haberme enfrentado con Fernando insistiendo en cuáles eran mis derechos pero no lo hice porque mi misión en la vida era ser ayuda y sostén de mi marido y no rival ni conteniente. De ésos hartos le sobaban en Aragón, su tierra, y en Castilla, la mía, pero mujer en la que resguardarse y consolarse y solazarse deseaba ser yo la única y, con la ayuda de Dios, lo conseguí» (p. 84).

¹⁷ «Lo cierto es que cualquiera que analice, aunque sea someramente, el testamento de la reina puede concluir que la relación entre ambos estaba presidida por una gran complicidad, lealtad y gratitud, por lo menos en lo que respecta a la reina. Así, el testamento está lleno de proclamaciones, más que declaraciones, de amor a su marido por parte de doña Isabel» (Sáenz de Santa María Gómez Mampaso, 2004, p. 138).

¹⁸ «No ha sido perfecto Fernando pero *sí lo mejor que Dios me ha dado* y nunca he podido acusarle de ser como esos maridos —o mujeres— que parecen dolerse de los éxitos de la persona a la que ante nuestro Señor se unieron. Gozarse ha sabido siempre de los logros como yo de los suyos y en ningún momento hemos sentido celos el uno del otro, que el matrimonio en el que ambos se celan por logros del cónyuge es dúo de necios cuyo final resultará en ruinas» (p. 135, énfasis nuestro; véanse también pp. 271 y 276-277).

Fernando es definido como «el mejor regalo que Dios pudo hacerme» (p. 24), aquel junto a quien espera pasar la eternidad (p. 279), mientras que el matrimonio es concebido como integrante de ese designio divino.¹⁹

Sin embargo, esta visión, apegada a la historia y a la concepción del reinado, pero también al modelo de historia novelada, como anunciábamos, tiene su contrapunto en las palabras Haym ben Isaac,²⁰ quien acompañará a la reina hasta el último aliento. Inicia el converso su relato apenas pasado un año de la muerte de Isabel, cuando Fernando ha concertado su boda con Germana de Foix. El propio objeto del relato del galeno no está libre de la impronta fernandina: el Fernando de tacañería proverbial (p. 17), quizá celoso por su fama, menguada frente a la de la reina, lo extorsiona para que encuentre y le haga llegar esas memorias que Isabel le ha escamoteado. Evidentemente, la voz de Haym funge como argumento testimonial para confirmar la veracidad de las memorias reales —«Fui testigo directo de buena parte de lo que doña Isabel narra en estos últimos papeles y puedo dar fe de que no mintió en su relato» (p. 118)—,²¹ pero, además, los comentarios «sobre aquel texto que, me parecía a mí, seguramente era una ventana abierta al alma de la mujer más importante que había dado España a lo

¹⁹ «No he dudado jamás de que Fernando era el hombre que Dios tenía destinado para mí. Es más, creo que si el Señor no forma ese matrimonio en el Cielo, difícilmente podrá discurrir feliz en la Tierra. Demasiados casos he visto en los que uniones que todos esperaban felices —y que así consideraron durante décadas— se convierten en acíbar precisamente porque no colocaron a Dios en el centro. Ya dice el Eclesiastés que aunque una cuerda de dos hilos es fuerte, la que no se puede romper es la de tres. Yo estoy de acuerdo siempre que el tercer hilo sea Nuestro Salvador» (p. 60). Al respecto, conviene recordar las palabras de Suárez (2002a): «Todo esto nos conduce a una noción moral que desempeña importante papel en el reinado: la conciencia del deber primaba sobre cualquier otra consideración. Muerta la reina, Fernando, por razones políticas, no vacilará en contraer segundo matrimonio con Germana de Foix, a la que Carlos V demostrará más tarde verdadero afecto. Isabel se había convencido muy pronto de que la unión conyugal sin fisuras era el deber más importante, y puso todo su empeño en conseguirla. Las muestras de aprecio personal hacia su marido —hasta llegar a calificarlo de “el mejor rey de España” en momentos próximos a su muerte— fueron haciéndose cada vez más frecuentes. No hay inconveniente, por tanto, en considerar esa concordia entre personas como un dato decisivo en la vida política. Hay momentos como Alcáçovas, Tarazona o las negociaciones con Colón, en que ocupa el primer plano» (p. 58).

²⁰ Personaje ficticio, quizá *alter ego* del bien conocido Lorenzo Badoz, o inspirado al menos en los médicos conversos al servicio de Isabel, que según nos dice es hijo de Abraham ibn Seneor, médico que la asiste cuando camino a Ávila sufre su primer aborto, y que nada tiene que ver con los Coronel.

²¹ Haym no duda de la veracidad del relato de Isabel, incluso en aquellos momentos en los que él no ha figurado como testigo: «No estuve presente en su enfrentamiento con los nobles que controlaban la Orden de Santiago pero ¿cómo podría dudar de lo que ha dejado escrito si sé que todo lo demás es cierto?» (p. 118; véanse también pp. 125, 145, 217).

largo de todos los silos de su Historia» (p. 29) están encaminados, por un lado, a la alabanza a la reina —la de ideas de claridad casi cegadora que supo rodearse de gente de méritos y capacidad (p. 150), la amada por el pueblo (p. 172), la que nunca tuvo prevención contra los judíos (p. 98)—; por otro, al cuestionamiento, si no ataque, a Fernando, quien con su boda ofende a la gente, a la memoria de su esposa y «amenaza con aniquilar la obra de toda su vida» (p. 16). Aparece aquí un Fernando práctico, al que no importa el espíritu sino el dinero, dispuesto a llevar a cabo cualquier propósito que le beneficie.

Podemos entender las pinceladas de Hayn acerca del Católico como prefiguración del Fernando de Ayllón (2004), quien se erige en único autor del reino: se trata del maquiavélico, el «hombre gélido y carente de emociones» (Kamen, 2018, p. 30), el político y el gran amigo del oro quien asegura haber asentado ya en Madrigal, con la Santa Hermandad, la primera piedra de la nueva Castilla.

Se puede apreciar que ambos títulos guardan estrecha relación, aunque sea en realidad una contraposición, en las aperturas, en torno a la pulcritud e inmudicia. En la novela de César Vidal (2002), la reina Isabel afirma soportar mal la suciedad, a la par que establece una relación entre el cuerpo y el alma. Para ella, la suciedad era la Corona de Castilla previa a las reformas emprendidas: una «sentina de los peores vicios» (p. 20) era la corte de Enrique, sucio hasta la repugnancia, «monarca cobarde y sodomita» (p. 30) que secretamente «mantenía relaciones contra natura con muchachos y externamente aparentaba tener amantes a las que, con toda seguridad, ni siquiera tocaba un pelo de la ropa» (p. 20). Piensa Vidal (2002), por supuesto, en la famosa leyenda en torno a la regia camisa, a la que la propia Isabel responde, yendo incluso más allá: haciéndola connatural del ejercicio del buen gobierno, de cuerpo, moral o espíritu.²²

La escena, como anunciábamos, parece encontrar respuesta en la novela de Ayllón (2004): la templanza de ánimo con la que la reina Isabel, «apenas un poco de piel recubriendo los huesos», «un esqueleto doliente y callado» (p. 22), se enfrenta a esos momentos finales de esa agonía que lleva viviendo varios días, tras una enfermedad de años, solo es aparente.²³ Destaca el feísmo y crudeza de esos momentos «que le serían terribles» (p. 10), en los que, a la llegada del rey,

²² Sobre la tan famosa como falsa leyenda de la camisa Isabelina, véase, por ejemplo, Azcona (2004, pp. 30-31).

²³ El momento de la muerte de la reina Isabel y la postrera cláusula testamentaria son también el punto de partida de las confesiones del rey Fernando frente a Gaspar de Gricio en la novela de Vizcaíno Casas (1988), memorias del rey Católico estructuradas en torno a las mujeres de su vida: Isabel, Aldonza Roig, Joana Nicolau, Germana de Foix, su hija Juana, Toda de Larrea y Beatriz de Pereira. Valga destacar, frente a la versión de Ayllón (2004), el tono laudatorio hacia la reina.

«Un repugnante hedor a podredumbre salió por la puerta entreabierta» (p. 11). Es precisamente su pudibundez el motivo de que no quisiera tratarse de sus males, de que quiera amortajarse ella misma, de que cele los pies durante la extremaunción.²⁴ Como hacía Vidal, también Ayllón establece una identidad entre cuerpo y alma. En palabras del Rey Católico, «mi mujer, que hoy tenía el cuerpo enfermo, padecía de enfermedad del alma desde que la conocí y ese mal no era ahora menos grave que entonces, porque los celos, la desconfianza y la intransigencia eran tan parte de ella como el color de sus ojos o el blanco de su cabello... y esas cosas habían ido cada vez a peor conforme pasaban los años» (pp. 17-18).

La contraposición se acentúa todavía más con esa imagen de gran reina, de santidad, que nos había ofrecido Haym en la novela de Vidal (2002),²⁵ en la que, apenas pasado un año de la muerte de Isabel, la gente ya la reputa por santa (p. 16). No descansará Isabel en el cielo, sino el infierno: «Allí, en el centro de su reino, de un reino puesto bajo su cetro por gracia, o desgracia, de la guerra, la mentira y la Muerte, bajo la lluvia fría de una mañana de invierno Isabel de Castilla se aprestaba a entregar su alma a Dios, según creía ella... o al diablo, sabía yo, porque era mucho el lastre de su conciencia» (p. 19).

El providencialismo que destilan las crónicas coetáneas e, incluso, el cúmulo de profecías que, según los textos de la época, habrían de alcanzar a Fernando, ya no son tales, sino la realidad de un matrimonio unido por la muerte. Hubo Isabel y Fernando porque dejó de haber Carrillo, y Alfonso, y Enrique; porque Isabel llevaba la muerte dentro de sí, en el alma (p. 12):

Acerqué mi cara a la suya y, venciendo el malestar que me producía la proximidad de su cuerpo sudoroso y maloliente, la besé en la frente antes de sentarme sobre un escabel que alguien arrimó a la cabecera del lecho. Su mirada se trenzó con la mía y una vez más supe que allí, en aquella contemplación, no estábamos solos, sino que éramos tres, nosotros dos y la Muerte, siempre fiel compañera de nuestras vidas. Ella nos permitió conocernos y gracias a Ella casamos, aunque fuera sin amor. Nos unió más cuando nos arrebató a nuestros hijos Juan e Isabel y ahora nos separaba después de habernos juntado tanto tiempo en un único destino» (p. 22).

²⁴ Véase al respecto, por ejemplo, Liss (1998, p. 338).

²⁵ «Lo que sucede es que doña Isabel era virtuosa —quizá incluso una santa como muchos dicen— y en algún momento parece que pensó que hasta donde ella había llegado podían alzarse otros. Bien. Ése es un signo de que no se creía superior, ni la soberbia se había apoderado de ella, ni había caído en el pecado que precipitó la caída de Lucifer. Bien, repito pero, al mismo tiempo, debo dejar constancia de que ni lejanamente todos hemos sido, ni somos ni podemos aspirar a ser, como la reina difunta» (p. 87).

Si la Isabel de Vidal (2002) recordaba a su hermano Alfonso en esos instantes postreros (p. 279), en la novela de Ayllón (2004) los dos hitos entre los que se encuadra el relato del rey —la muerte de Isabel y la del hijo habido con Germana de Foix— encuentran su danza macabra. Para el primero, insistimos en el carácter de respuesta: mientras que Isabel declaraba su amor a Alfonso en el inicio de la novela de Vidal (2002, p. 9), la moribunda reina se encuentra con Alfonso y Enrique IV en la de Ayón (2004) —«Yo era inocente...», dijo con dulzura la imagen fantasmal del infante don Alfonso, saliendo de entre las lágrimas de mi esposa al poco de callar en su grito el novio muerto» (p. 28), mientras que «A mí me mató su ambición», anunciaba sereno el rey don Enrique IV, al que los amigos de Isabel vilipendiaron en vida motejándole de lo que no era» (p. 29).²⁶ Para la segunda, Fernando anota la última jugada de la muerte, pero también de Isabel, huésped principal del maligno: «Desde el oscuro rincón del Averno donde debió aposentar a mi mujer cuando acudió a Medina a llevársela de parte del diablo, volvía ahora la Muerte con ella para terminar la partida que había empezado a jugar conmigo cuando contraje nupcias con la heredera ilegítima de la corona de Castilla» (p. 327, también p. 328).

El contrapunto hasta aquí expuesto es extensible. Las memorias de Fernando el Católico parecen ir en dos sentidos. En primer lugar, negar cualquier afecto habido en su matrimonio con Isabel, ese matrimonio ejemplar del que nos ilus-

²⁶ En la novela de Vidal (2002), Isabel apunta al asesinato, aunque también providencialista, de Enrique IV, quizá a manos de un Villena que podría haber pensado que a ella la controlaría mejor (p. 40). Haym aludirá asimismo a que el asesino pudo haber sido un secuaz de Pacheco (p. 55). Sin embargo, el Fernando de Ayllón (2004) sugiere otras posibilidades: «¿Fue esta nueva desgracia también obra de Dios, lo preparó todo el diablo o volvió a exhibirse la afición de Carrillo y otros amigos de la infanta por la preparación de ponzoñas?» (p. 28). Respecto al envenenamiento, cabe recordar que «El cronista Alfonso de Palencia dice abiertamente que fue envenenado por el marqués de Villena que, de este modo, cumplía la promesa que hiciera a Enrique IV de librarle de este incómodo rival. Esta noticia, que no aparece confirmada con ningún otro testimonio, presenta dificultades: Pacheco se encontraba ahora sin rehenes, mientras que los Fonseca y los Mendoza tenían a la reina y a su hija respectivamente. La noticia dada por Palencia no es admisible en un contexto histórico riguroso» (Suárez, 2002a, pp. 32-33). Es la versión más extendida, seguida, entre otros, por Azcona (2004), que señala que «Fuera del cronista Pulgar, no existe fuente en la que se aluda a muerte por veneno, propinado por su partidario acérrimo Juan Pacheco. En cambio, coinciden las que atribuyen la muerte a la peste, que fue un suceso documentado» (p. 135). Por su parte, Morales Muñiz (1996), que la tildaba de «sospechosa» (p. 224), volvería al asunto con la oportunidad de la exhumación del cadáver del rey Alfonso XII, en un estudio (Morales Muñiz y Caro Dobón, 2013) que niega la concurrencia de la peste y apunta al envenenamiento, perpetrado por Pacheco. Este estudio será, por cierto, una de las fuentes de la trama de Zueco (2023).

tran historiadores como Suárez (2013), que «comenzó como un simple contrato político pero acabó desembocando en un amor recíproco y profundo» (p. 9);²⁷ en segundo lugar, dejar recaer sobre ella distintas acusaciones y alzarse como el verdadero constructor de la monarquía hispánica. Así, explicita en varias ocasiones el Fernando de Ayllón (2004) que Isabel era «la que he tenido por mujer pese a que no la haya querido en amores» (p. 10), mero matrimonio de conveniencia política y de ambición. Rebaja la cristiandad, la fe, la moral de Isabel, que es, como él, solamente política.²⁸

No son de extrañar, por lo tanto, los distintos ataques a la reina, de rigor castellano y desabrido, «con sus insoportables celos y beaterías» (p. 301, véase, para los celos, también la p. 55), que según Fernando «heredó lo peor de los caracteres de ambos [don Juan y doña Catalina], pues se quedó con los celos de la abuela y con el recelo del padre [...]». En los primeros años de nuestro matrimonio mi esposa Isabel llegó a encontrarse incluso peor de lo que ahora estaba mi hija, con unos desarreglos extremos que empero, con el tiempo, fueron amainando» (p. 272).

No hay providencialismo, ni religión, ni proyecto, sino solo una visión del poder según Fernando. La suya es la historia de dos segundones «más capaces, y sobre todo más ambiciosos y tal vez más crueles, que nuestros parientes; sólo nos faltaba un aliado inmisericorde y bien pronto lo encontramos en Ella. Y ahora nuestras víctimas venían, de la mano de nuestra aliada, a cobrarse el precio de la venganza» (p. 23).

²⁷ Tampoco Kamen (2018) evita hablar de amor mutuo entre hombre y mujer. Aunque parece acotarlo a los compases iniciales del matrimonio (p. 98), acaba afirmando: «Cualquiera que hubieran sido las tensiones que hubieran existido entre la pareja, los conmovedores sentimientos expresados en el testamento [de Isabel] revelan más allá de cualquier duda la realidad del amor y el respeto que había entre ellos» (p. 102). Más rotunda se muestra Liss (1998), para quien «Nada es más notable en la notable vida de Isabel que el amor y el respeto que ella y Fernando se profesaron inmediatamente después de la boda y para siempre» (p. 81).

²⁸ «Ciertamente yo nunca había amado a aquella mujer que ahora yacía exhausta a mi lado, ahogada en el miedo y en la enfermedad, pero en ese momento lamentaba su muerte. No estuvimos unidos por la concupiscencia de la carne, algo que siempre conocí mejor en el lecho de otras mujeres —aunque ninguna ocupó el sitio de Aldonza, sino por algo mucho más embriagador que el amor mundano: nos unió la pasión del poder, de procurar su logro y templar su ejercicio, aunque en el empeño perdiéramos la posibilidad de una vida sosegada y feliz y acaso también el alma» (p. 35). Varios son los pasajes en los que Fernando insiste en la falta de amor: el matrimonio de los Católicos fue solo ambición y proyecto político, armonía aparente entre socios (véanse pp. 10-11, 13, 22, 236, 301, 327-328).

2.1.1. Juana la Beltraneja o el problema de la legitimidad

Desde los estudios de Gregorio Maraón (1975), «La clínica histórica, efectuado el análisis de los testimonios que han sobrevivido, llega a la conclusión de que la impotencia de Enrique, cierta y comprobada, pudo no ser total. Los historiadores carecen de datos para concluir, en un sentido y otro, si Juana pudo o no ser hija natural del rey» (Suárez, 2002a, p. 12).²⁹ La acusación sobre la ilegitimidad de Juana, ya fuera por la nulidad del matrimonio de Enrique IV y Juana de Portugal, atendiendo al grado de consanguinidad y a la dispensa papal nunca solicitada, o a los presuntos amores de la reina con Beltrán de la Cueva, aireados sobre todo a raíz de la relación de esta con Pedro de Castilla, fue argumento propagandista esgrimido por los partidarios de la futura reina Católica.

Sin embargo, la Isabel de Vidal (2002) defiende su derecho al trono y en ningún momento alude a la parte que los nobles que la apoyaron pudieron tener. Lo hace, además, reivindicando que ella nunca quiso pregonar las hablillas en público, si bien «toda Castilla, callara o murmurara, sabía de sobra que mi hermanastro Enrique no era el padre. Nunca logró tener allegamiento de varón a mujer alguna pero, por añadidura, en este caso, durante los meses en que pudo producirse aquella concepción, estuvo separado de la reina por diversos asuntos» (p. 22). La distancia que, según las fechas que nos constan de la gestación y el alumbramiento de Juana, separaba a los monarcas ha sido uno de los argumentos expuestos por los estudiosos para sustentar la imposibilidad de que Enrique fuera su padre. Haym se limitará a hacer notar que la benevolencia de la reina con la Excelente Señora quizá estuvo provocada por el poco tiempo que pudo pasar con la princesa Isabel: «Quizá, se me ocurre pensar, por eso sintió siempre una inmensa compasión por la desdichada Beltraneja y nunca permitió que se hablara mal de ella en su presencia. A fin de cuentas, era una pobre bastarda, utilizada por todos y privada de cualquier señal de amor verdadero» (p. 137).

El punto de vista del Fernando de Ayllón (2004) es totalmente contrario: en aquellos que pueden ser los últimos momentos en los que el rey Católico se ciña la corona de Castilla, defiende que fueron reyes más gracias a la ayuda de su familia,

²⁹ «La calumnia iba a desempeñar un papel importante en los acontecimientos, pero no tiene que ser creída. En el estado actual de nuestros conocimientos documentales, el historiador no tiene más remedio que decir que no existe constancia alguna que impide creer que aquel embarazo fuera el resultado de los tratamientos a que Enrique IV fue sometido. Tampoco se encuentra en condiciones de afirmarlo» (Suárez, 2002a, p. 15). En la misma línea se expresan Azcona (2004), para quien «puede afirmarse con seguridad moral la tesis de la procreación enriqueña y la legitimidad de Juana (p. 91), y Kamen (2018, p. 42).

sus tropas y sus partidarios en Castilla, que por los discutibles títulos de Isabel, heredera ilegítima, «que si no hubiera sido así hoy la soberana sería doña Juana, a quien impropriamente los enemigos de Isabel dieron en llamar “la Beltraneja”» (p. 16). Mientras que, como exponíamos más arriba, la Isabel de Vidal (2002) eludía cualquier acto de propaganda, el Fernando de Ayllón no duda de que la Beltraneja fue hija verdadera del rey Enrique (p. 25), pero también el blanco de la inquina de sus padrinos. El partido de Carrillo y Villena fue quien deslizó el rumor de la paternidad de Beltrán de la Cueva «en una calumnia que mancilló para siempre el honor de doña Juana, la verdadera y legítima heredera del trono de Castilla, a la que motejaron de “Beltraneja”. Por su parte, don Enrique fue tachado de impotente, aunque bien sabíamos en mi casa que no era tal, sino que su morbo secreto —y no tanto— era que sentía más afición por los pajes muy jóvenes que por las castellanas gallardas, pese a que se dijera de él —por tatarle, que no por otra cosa— que a veces andaba en putas» (pp. 25-26).

2.1.2. Colón y América

Como se comentaba más arriba, la expedición colombina nunca ha dejado de estar de actualidad, con múltiples y variopintas plasmaciones literarias y una relevancia, en lo que al género histórico se refiere, fuera de toda duda.

La novela de Vidal (2002) evita ahondar en los oscuros orígenes del marino, del que apenas se nos señala su condición de converso que pretendía ser genovés (p. 221), para centrarse en la exposición más historiada de la génesis de la expedición colombina, según la cual a Isabel correspondió el énfasis inicial. Si al práctico Fernando el marino le pareció «más molesto que indiferente» (p. 222), Isabel intuye de sus palabras que Colón ha estado ya al otro lado del Océano o ha conocido a quien lo ha alcanzado. Pero, sobre todo, se deja llevar por razones de fe, seducida por el misticismo, documentado históricamente, del futuro Almirante: «Como en tantas otras ocasiones, fui yo quien inclinó, bien que dulcemente, su voluntad. No actué así movida por la codicia sino porque descubrí que Colón era un hombre profundamente religioso que creía como pocos en que Dios actuaba en cada uno de los pasos que damos» (p. 222, véase también p. 224).³⁰ Fernando,

³⁰ «No entendió Fernando nada de lo que entonces argumentó Colón, pero fue precisamente en ese momento cuando yo quedé convencida de que no podíamos dejarle marchar. Mi marido podía ignorar las Sagradas Escrituras pero yo las había tenido como base firme de profundo consuelo y sólida edificación desde mi infancia más tierna, y escuchando a Colón comprendí que todo lo que

más sensible a la tentación del oro que a la palabra divina y agobiado por la intercesión de la Rábida, considera los planes de Colón —la Historia le dará, por lo tanto, la razón— una quimera y no quiere invertir ni un maravedí. Solo tras el primer viaje colombino «quedó convencido de que existían posibilidades de obtener ganancias incalculables y yo me vi confirmada en mi visión de que era posible impulsar la predicación del Evangelio en otras tierras» (p. 225).³¹

No es de extrañar, por ende, la seguridad de Isabel de saberse reconocida como la valedora del marino (p. 225), que bautizó como Isabela la primera ciudad fundada en la Hispaniola, puesto que tuvo que defender una expedición que para Fernando —quien habría decapitado el marino por su comportamiento y porque, una vez descubierto el oro, ya no lo necesitaba (p. 228)— valía lo que el oro y las especias (p. 226), sin tener en cuenta labor evangélica alguna (p. 227).

Como no podía ser de otro modo, Haym corrobora que fue Isabel la posibilitadora del viaje de Colón; Fernando nunca hubiera invertido en la empresa (p. 229) y contrapone el sueño mediterráneo del rey y el americano de la reina para resultar premonitorio: «sólo el tiempo dirá quién fue más perspicaz y acertado. Dentro de varios siglos, cuando quizá incluso la memoria de doña Isabel y de Fernando flaqueen, ¿se seguirá hablando castellano en Italia o ése será un privilegio reservado a la Península y a esa España nueva que se alza palmo a palmo al otro lado del mar?» (p. 239).

El relato de Ayllón (2004), en tanto que opuesto, necesita indagar en los orígenes de Cristóbal Colón, quien —por su arrogancia, por su insolencia— nunca tuvo el beneplácito de Fernando.

Resulta harto insostenible, en aras de la verosimilitud histórica, que el rey afirme que el marino «apenas escondía [su origen] y que, además, insinuaba con menos tino que prudencia a cualquiera que quisiera oírle», puesto que bien celó el Almirante tal secreto, hasta el punto de que su propio hijo habría de afirmar aquello de que «cuando más apto y capacitado estaba para la gran empresa, tanto

afirmaba estaba dotado de una coherencia de la que muy pocos predicadores hubieran podido hacer gala. Cuando, finalmente, le concedimos nuestro permiso para marchar, en mi corazón ya estaba resuelta a ayudar a Colón en su empresa, una empresa en la que yo ya había descubierto la mano de Dios» (p. 223).

³¹ «[...] Fernando, con toda razón, mucha más razón que ella, a la vista de los informes que habían presentado los expertos le dice a Colón: eso que usted piensa es una locura, con los barcos de que ahora disponemos no se puede llegar a la costa de China o de Japón, e Isabel, desde el sentimiento y no desde la razón, replica: no perdemos nada, un millón doscientos mil maravedíes no significan nada para dejar que haga una exploración por el Atlántico y veremos a ver lo que se encuentra ahí, no han aparecido Azores y Madeira y Cabo Verde y Canarias, qué sabemos lo que pueden encontrar. El tiempo pareció dar a Isabel la razón, porque lo que encontró Colón nadie sabía que era un nuevo mundo [...]» (Suárez, 2004, p. 302).

menos quiso que su patria y origen fuesen conocidos» (Colón, 2003, p. 31). Tales prevenciones son las que permitieron «fantásticas elucubraciones a los ensayistas posteriores» (Suárez, 2002a, p. 397), que, como se ha comentado más arriba, han encontrado amplio tratamiento en la narrativa española. Precisamente esto es lo que se nos desvela en la novela: Colón, en realidad Colom, es el fruto de los amores de Carlos, primogénito de Juan II y príncipe de Viana, con una judía rica de Mallorca, Marguerida Colom. Se basa Ayllón (2004) en los trabajos de, entre otros, Costa-Amic (1992), Verd Martorell (1992, 2022) o Viñes Rueda (2002),³² a la zaga de la catalanidad de Colón que ya defendiera Luis Ulloa (1927).³³

Se nos presenta así a un Colón dispuesto a aprovecharse del parentesco con el rey Católico —si se atiende de nuevo a la verosimilitud, bien extraño resulta que Fernando le dé pábulo, puesto que va a divulgar rumores sobre el envenenamiento de Carlos de Viana—, quien reivindica que siempre estuvo interesado, a pesar del poco crédito que le concedía, en la expedición del marino, puesto que no le parecía descabellada la idea de tierras yendo a poniente.³⁴ Es más, Fernando se yergue como el gran fingidor, totalmente maquiavélico, al urdir una tretra que habría engañado a cortesanos y a la historia y le hubiera servido para aprovecharse del fatuo navegante en favor de sus reinos, haciéndolo pasar por genovés para burlar el pacto de Alcaçovas: «Por eso, y porque no quería esas tierras para los portugueses sino para mi corona, decidí apoyar a mi clandestino pariente en su empresa, pero en mi interés, y para eso lo primero que hube de hacer fue llamarle a capítulo a través de Santángel y dotarle de una nueva condición de nacimiento, pues lo necesitaba extranjero en tierras castellanas y no aragonés, que no era otra su nación por ser hijo de mallorquina» (p. 142).

El papel de Isabel queda, pues, totalmente minimizado. Se nos dice que la reina se mostraba incluso inicialmente «reticente, por oponerse a él fray Hernando

³² Desarrolla la hipótesis de tal ascendencia Fernando del Castillo Durán en su novela *Memoria de la niebla* (2010). Se trata del asunto principal del despacho que, en el ocaso de su vida, Miguel Enciso, antiguo secretario del Príncipe de Viana, le hace llegar a la reina Blanca de Navarra.

³³ Muestra de la lábil frontera que separa el género con el ensayo divulgativo puede ser otro de los textos de Ayllón (2010), con mínimas modificaciones respecto a la novela (2004), tanto en el retrato de la Isabel usurpadora y su llegada al trono tras cuatro asesinatos (Enrique IV, Carlos de Viana, Pedro Girón y el infante Alfonso) (pp. 75-103) como para la narración del periplo colombino (pp. 105-132).

³⁴ Sobre la muerte del Príncipe de Viana, más allá de las leyendas y rumores posteriores, que apuntaban de modo infamante a su madrastra, Juana Enríquez (Belenguer, 1999, p. 54), la opinión generalizada de los historiadores actuales es que fue debida a la tuberculosis pulmonar (Suárez, 2002a, p. 19; Kamen, 2018, p. 21).

de Talavera, su confesor» (p. 151). Todo fue dispuesto por la Corona de Aragón, y así se lo recuerda Fernando a su sobrino:

—¡Callad, Cristóbal! —le interrumpí con creciente enojo—, y no metáis a mi difunta esposa en esto! Vos sabéis tan bien como yo que ése fue un acuerdo entre nosotros, exclusivamente, y que la reina nada tenía que ver en ello salvo la oportunidad de que fuera Castilla la que apadrinada de manera oficial la empresa, pese a lo que luego vos hayáis propalado por doquier. Lo que yo os di ese día fue a cambio de nada, salvo vuestro silencio y vuestra obediencia, ¿comprendéis? (p. 150).

Pero Fernando no previó algo, el verdadero secreto de Colón, por el que fue ayudado por los judíos: «la fundación de un nuevo Israel [...]. Colom y sus amigos de las sinagogas querían ganar allí lo que poco antes habían perdido en Sefarad, que es como ellos llaman a las Españas, y para ello estaban dispuestos a procurarse en las nuevas tierras el lugar donde construir su Tercer Templo por fuera y lejos de cristianos e inquisidores» (p. 154). Recurre una vez más Ayllón a la historia no oficial para minimizar o explicar el papel de Isabel. En este caso, la de Wiesenthal (1992), para quien los judíos, convencidos de la existencia en Asia de territorios gobernados por hebreos y en la ascendencia judía de Colón, participaron económica e intelectualmente en el «descubrimiento».³⁵ Así, enterada la reina, «Colom perdió todo el ascendiente que tenía sobre ella. Isabel, que ya había dispuesto que fueran curas desde el segundo viaje, ahora se reafirmó en esa medida y envió además a algún que otro fraile inquisidor para tener bajo control la sediciosa actitud de los parientes y amigos de mi sobrino. Apenas pude evitar en el último momento que mi esposa mandara prender y hacer colgar a Colom por sus fechorías (pp. 154-155)».³⁶

3. CONCLUSIONES

En torno al quinto centenario de la muerte de Isabel la Católica, veían la luz en la editorial Belacqua *Yo, Isabel la Católica* (2002), de César Vidal, y *Yo, Fernando de*

³⁵ Cabe recordar que la obra, publicada también en las proximidades del V Centenario, sostiene un doble motivo en el apoyo de los Católicos a la empresa colombina (la fe en el caso de Isabel; la economía en el Fernando), mientras traza continuos paralelismos entre la situación de los judíos durante los tiempos de la Inquisición, cuando el sueño español era una raza pura, y durante la Alemania nazi.

³⁶ Nótese, en fin, cómo fruto de esta contraposición que venimos manteniendo a lo largo de las presentes páginas, en la memoria de Isabel (Vidal, 2022) era Fernando quien quería decapitar al marino, mientras que, en las de Fernando (Ayllón, 2004), es Isabel.

Aragón. *El único rey de las Españas* (2004), de Manuel Ayllón —a las que habría que sumar *Yo, Juana la Beltraneja. La reina traicionada* (2004), de José Miguel Carrillo de Albornoz. Ambos títulos recurrían al modelo de la novela de personaje para presentarnos las bambalinas de uno de los períodos más apasionantes del pasado; el primero, puramente isabelino, lo hacía a través de la voz de una Isabel que parece querer reflejar «Todos los sentimientos y convicciones que la sustentaran, aquellos que la hicieran admirable para unos y odiosa para otros, la profunda fe católica, la obediencia a la Iglesia, el austero sacrificio, la piedad acendrada, el afecto profundo y sincera al marido» (Suárez, 2002a, p. 483). La memoria de Haym, uno de los «admiradores», posterior en el tiempo, garantiza la veracidad de lo expresado por la reina, pero, sobre todo, la confirma como verdadera protagonista de la monarquía hispánica, a la vez que cuestiona el papel desempeñado por Fernando, especialmente a partir de su decisión de contraer nuevas nupcias con Germana de Foix.

El segundo, por su parte, es toda una reivindicación fernandina que arranca en también en los últimos compases de la vida Isabel. Pero el rey Católico se centra en los momentos más importantes y polémicos, como la Inquisición o la Conquista, no para cuestionarlos, sino para arrogárselos, de ahí el alcance del subtítulo. En la novela de Ayllón (2004), Fernando es el único rey de las Españas. Desde una óptica amplia, y con los matices apuntados, ambas novelas vienen a reproducir las atribuciones clásicas de los Católicos: la Isabel religiosa, recta, moral; el Fernando maquiavélico, práctico, político.

Existen entre los dos títulos suficientes semejanzas para que podamos, además de considerarlos parte de esa literatura de conmemoración y encargo de la que se nutre la narrativa histórica, entenderlos como fruto de un proyecto editorial que se presta a la lectura contrastada que hemos ofrecido en las presentes páginas: desencuentro deliberado o respuesta literaria. En ella se observan las fisuras de la concordia entre ambos monarcas, sustentadas en el personalismo del relato —la voz autobiográfica—, que permite refutar a los cronistas y esgrimir la verdad personal —o justificar, o mentir, o distorsionar—, íntima, frente a la oficial, y en la selección de las fuentes del relato, clave en estas dos novelas que, a pesar de los usos del género, se presentan ayunas de una bibliografía final. Ni tanto monta ni monta tanto.³⁷

³⁷ Nos hemos referido también en el título a esta expresión como el significado que alcanza popularmente como presunta muestra de la armonía entre Isabel y Fernando, sin ignorar su verdadero origen, tal y como recuerda, por ejemplo, Azcona (2004, p. 185). Cfr. Liss (1998, p. 232).

El matrimonio entre Isabel y Fernando, aunque dio lugar a una historiografía común, suscitó diatribas ya entre sus mismos coetáneos, que han ido variando, entre otras razones, en función de intereses políticos, de las épocas y de los países, como bien muestra la obra de conjunto editada por Valdeón Baroque (2004). Actualmente, los historiadores coinciden en entender que el matrimonio fue de la mano: aunque necesariamente hubo de haber discrepancias entre ellos y cada uno tuvo un papel más o menos prioritario en las distintas esferas de acción, los Reyes Católicos se esforzaron en mostrar una política común.³⁸ Sin embargo, como notaba García Cárcel (1999) a raíz de algunos de los trabajos que han servido para la elaboración del presente estudio y que se estaban publicando coetáneamente, precisamente con la revitalización de la biografía histórica (Suárez, 2002b; Corral, 2002), la de las últimas décadas puede considerarse como una época de ruptura, y los historiadores, aun sin dejar de constatar esa unidad, «parecen interesarse, más que por el matrimonio, por los individuos que lo protagonizan, más que por la unión por las respectivas identidades de los miembros de la pareja» (García Cárcel, 1999, p. 28). Y surgen, claro, las divergencias. Las dos obras aquí analizadas pueden ser también entendidas como la plasmación literaria de tal divorcio, que vendría a avivar el interés por los Católicos. Frente a otros periodos del Medievo, donde la escasez documental y las lagunas históricas alimentan la especulación literaria, acercarse desde la narrativa histórica al reinado de Isabel y Fernando, con una literatura tan vasta, podría suponer una cortapisa para los escritores. Por ello, aunque no sean descartables, resultaría insuficiente explicar el interés de nuevas versiones exclusivamente desde los atractivos comerciales de la edición celebrativa o desde el gusto lector por la reconstrucción arqueológica del pasado. Quizá la vigencia del modelo de la pseudoautobiografía se explique por sus posibilidades para dar cuenta de lo que le corresponde a cada miembro de la real pareja.

³⁸ Así lo expresan las voces más autorizadas: «Este tema de la unión de la pareja lleva sin quererlo a la cuestión de la prioridad y superioridad entre ellos. No consta que hubiera nunca una rivalidad por supremacía personal; lo que no quiere decir que no hubiera diferencia en sus criterios y en las soluciones a los problemas de sus reinos. No es admisible ningún testimonio que sugiera la idea del sometimiento ni la subyugación del uno por el otro. Cada uno tenía su peso específico; pero fue puesto en común al servicio de las Coronas de Castilla y de Aragón, unidas en sus personas» (Azcona, 2004, pp. 33-34; véanse también pp. 747-748); «Ambos monarcas se cuidaron muy mucho de ajustarse y acomodarse a su respectivo compañero político. Todas sus decisiones, al menos las recogidas en las crónicas, se llevaron a cabo por unanimidad y con total acuerdo, incluso cuando uno de los dos se encontraba ausente» (Kamen, 2018, pp. 72-73; también pp. 95-96). Véase, asimismo, Suárez (2013, pp. 50-51).

4. CODA

Si, como hemos afirmado en la introducción, existe una notable carencia de estudios en torno a la representación de los Reyes Católicos en la narrativa de las últimas décadas, no querríamos concluir el presente trabajo sin apuntar algunas posibilidades. Puesto que no solo los estudios historiográficos sustentan estados de opinión y que tantas veces son las obras artísticas las que forjan el imaginario colectivo sobre nuestro pasado, resultaría productivo, en primer lugar, contrastar la visión de los Reyes Católicos aquí abordada con la que ofrecen otros títulos pseudobiográficos de colección, como los publicados en la serie «Memorias de la historia», lanzada por Planeta; o, en segundo lugar, indagar hasta qué punto estas novelas pretenden romper con la tradición de yugos y flechas tan manida en la historia del siglo xx, ese «interesado interés» en palabras de Maza Zorrilla (2006), donde la referencia a los Católicos fue «pilar en la legitimación del régimen, al hacerlo entroncar con las esencias de España» (p. 67). Vizcaíno Casas (1987), por ejemplo, recordaría el empeño de Isabel y los Católicos por fraguar la unidad española, según él «peligrosamente resquebrajada» por «los excesos y aun los desmadres» del Estado de las Autonomías (p. 14).

Por nuestra parte, queremos plantear una posibilidad más de futuros trabajos remitiéndonos a las palabras de uno de los mejores conocedores de la figura isabelina, Luis Suárez (2002a): «Es inútil plantearse la pregunta que muchas veces se hace acerca de quién de los dos fue más importante; bajo ella subyacen opiniones e intereses de nuestros días. Como venimos anotando, la documentación no permite separar las acciones de ambos». (p. 125). ¿Cuáles pueden ser, entonces, los intereses de nuestros días?

El motivo que parece haber guiado la vida de la Isabel de Vidal (2002) es el espíritu de cruzada. Se encuentra presente en su enlace con Fernando (pp. 53-54); se trataría del acicate para el apoyo del aún cardenal Rodrigo Borja a su causa (p. 72), una losa en el pasado de los reinos (p. 153), que, a su vez, dio bríos a los cristianos (p. 154), quienes tuvieron que oponerse al islam con la espada y la fe (p. 251), dado que la convivencia no era posible (p. 253). En la voluntad de Dios queda mantener lo logrado (pp. 278-279), y en la de Isabel que sus reinos lo procuren. Así se entienden sus mandas testamentales (p. 277). La fijación de la reina, por supuesto, es corroborada por Haym, que destaca el peso de Castilla en la reconquista y los peligros de que los reinos se separen (p. 280), a la par que advierte de peligros futuros frente a la ingenuidad de Fernando. Olvida o falsea el converso lo que supuso para el Católico y su política mediterránea la caída de Otranto, así como su interés en la proyección africana, «un *leitmotiv*

del pensamiento político de Fernando, ya fuera en el ámbito mediterráneo, ya en el atlántico, ya en las islas más adyacentes al continente, como las Canarias» (Belenguer, 1999, p. 253).

En el caso de la novela de Ayllón (2004), la obsesión de Fernando, aunque también política y territorial, es otra. Su objetivo, y el esfuerzo de varias generaciones de reyes de los distintos reinos, pero especialmente de los Trastámara, para el que lo preparó Juan II, quien lo prefirió para ello a Carlos de Viana, fue reunir las casas de Castilla, Aragón, Navarra y Portugal, e ir más allá, volver a reunir el orbe cristiano disperso tras la caída del Imperio e, incluso, la restauración del Imperio cristiano de Occidente en su nieto o alguno de sus descendientes (p. 220). Las disposiciones de Isabel, que «testó de la manera tan mezquina en que lo hizo» (p. 334), pueden acabar con tal sueño, por las pasiones de los nobles castellanos, supeditados a la política de los Habsburgo.

Esa había sido uno de las discrepancias con Isabel, representante del modelo militar y de agresión de Castilla, que anula a los que son menos y a la que todos los reinos debían entregar la corona, frente al de concordia entre pares diferentes, propia de Aragón (pp. 32-33). El logro solo hubiera podido conseguirse con un estado que apostara por la suma y la convivencia, algo que chocaba con los castellanos (pp. 104-105), de ahí que Fernando considere la suya una obra inconclusa: la Castilla tragaldabas (p. 244) ve la gloria en Carlos, lo que supondrá una pérdida para la Corona de Aragón (p. 333).

En estos dos sentidos, tanto la novela de Vidal (2002) como la de Ayllón (2004) concluyen con una escena final que apela al futuro, otro rasgo que las emparenta y que sustenta la lectura conjunta que hemos mantenido en las presentes páginas. Dicho parlamento, en la primera a cargo de Haym y en la segunda de Fernando, está relacionado con ese *leitmotiv* que recorre todas las memorias. Nos permitimos reproducirlos a pesar de su extensión:

¡España! Ocho siglos han sido necesarios para reunirla y arrancársela a los sarracenos y ahora todo parece a punto de desplomarse por la conducta de una infanta loca casada con un engreído flamenco y por los impulsos seniles de un rey tacaño y encaprichado con una jovenzuela. Quizá Sara y David no puedan regresar nunca, quizá si lo hacen ya no encuentren en pie el edificio de España o quizá se mantenga éste incólume porque como creía la reina su existencia está inscrita en los propósitos de Dios para arrojar luz, justicia y verdad sobre el orbe. Si es así, si doña Isabel no erraba, las tiranías, las crueldades, las bellaquerías podrán negarla, malgoblarla e incluso eclipsarla pero su espíritu seguirá vivo y nada, absolutamente nada, podrá extinguirlo. Vez tras vez, recuperará su libertad a pesar de la acción de los invasores y de los enemigos internos. Vez tras vez, se alzará del suelo para enfrentarse con sus enemigos y continuar su senda

eterna. Vez tras vez, en sus peores momentos, alzará la mirada hacia el Cielo y desde allí, desde ese lugar donde las gentes están convencidas que se halla doña Isabel, España recibirá la ayuda necesaria para cumplir con su misión (Vidal, 2002, p. 284).

Mi hijo muerto es el final de ese sueño de una España unida en la armonía y la colaboración que no va a nacer con el reinado que me suceda. Seguramente mi nieto y sus amigos ensancharán el Imperio de Castilla y le pondrán el nombre de España, pero esa España no será un sueño de gloria y paz, sino una pesadilla enfebrecida que escapará a la razón al ser construida desde la fuerza y la arbitrariedad. Lo pienso con fundamento, porque he conocido de muy cerca las maneras de Isabel, que tanto gustan en estas tierras, de poner la corona bajo la cruz y la espada olvidando que para el buen gobierno es preciso, además, dominar el arte de la política, que es algo que hace a la negociación, el paco y también, todo hay que decirlo, a la astucia y la habilidad en confundir a amigos y enemigos. Contra esa visión de la política como mera imposición de la fuerza bruta luché sin descanso mientras fui rey de Castilla, pero a la vejez he tenido que admitir que aún no es llegada la hora del nacimiento de esa España armoniosa, diversa y compenetrada con que yo y mis antepasados hemos soñado. Aún habrá mucho que hacer, y hará falta mucha paciencia para ello, más que la que yo mismo he tenido y que la Muerte se ha encargado de agostar. Cisneros y yo sujetaremos las cosas hasta que venga mi nieto Carlos, después... Dios dirá. Tal vez habrán de pasar decenios, o incluso siglos, antes de que se produzca el milagro (Ayllón, 2004, p. 346).

La novela histórica no deja de ser una literatura que, aun novelando el pasado, es necesariamente fruto de la realidad de la que surge. ¿Puede el lector del siglo XXI generar nuevos lugares en estas narraciones?

BIBLIOGRAFÍA

Fuentes primarias

- Álvarez Avello, Rafael, 2016: *Recuerde el alma dormida*, Madrid.
- Arteaga, Almudena de, 2001: *La Beltraneja. El pecado oculto de Isabel la Católica*, Madrid.
- Ayllón, Manuel, 2004: *Yo, Fernando el Católico. El único rey de las Españas*, Barcelona.
- Beldarrain, Mila, 2007: *Domenja de Oñate*, Donosti.
- Caballero Mesa, Francisco, 2007: *La última odisea*, Barcelona.
- Carpentier, Alejo, 1979: *El arpa y la sombra*, México.

- Carrillo de Albornoz, José Miguel, 2004: *Yo, Juana la Beltraneja. La reina traicionada*, Barcelona.
- Castillo Durán, Fernando del, 2010: *Memoria de la niebla*, Barcelona.
- Cavanillas de Blas, Antonio, 2016: *Isabel, la Reina Católica*, Madrid.
- Francés Vidal, Sorkunde, 1999: *Isabel, reina de América*, Madrid.
- Gala, Antonio, 2007: *El pedestal de las estatuas*, Barcelona.
- García Jambrina, Luis, 2008: *El manuscrito de piedra*, Madrid.
- , 2010: *El manuscrito de nieve*, Madrid.
- , 2016: *La corte de los engaños*, Barcelona.
- Gortner, Christopher W., 2012: *The Queen's Vow*, New York.
- Guadalajara, José, 2005: *Testamentvm*, Madrid.
- Guerra, Luis Miguel, 2008: *La ruta perdida*, Barcelona.
- Hernando Polo, Cristina, 2007: *Isabel la Católica. Grandeza, carácter y poder*, Madrid.
- Irisarri, Ángeles de, 2001a: *Isabel, la Reina. Las hijas de la luna roja*, Barcelona.
- , 2001b: *Isabel, la Reina. El tiempo de la siembra*, Barcelona.
- , 2001c: *Isabel, la Reina. El sabor de las cerezas*, Barcelona. (Recopilados en *Isabel, la reina*, 2003, Barcelona, Grijalbo)
- Martínez Llamas, Antonio, 2006: *La dama de Arintero*, Madrid.
- Martínez Rico, Eduardo, 2015: *Fernando el Católico. El destino del rey*, Madrid.
- Maurel, Martín, 2013: *Isabel. La conquista del poder*, Barcelona.
- , 2014: *Isabel. El fin de un sueño*, Barcelona.
- Meyer, Carolyn, 2000: *The Royal Diaries. Isabel Jewel of Castilla*, New York.
- Olivares, Javier, 2012: *Isabel. Todos conocen a la reina, pero ninguno a Isabel*, Barcelona.
- Plaidy, Jean, 1960a: *Castile for Isabella*, London.
- , 1960b: *Spain for the Sovereigns*, London.
- , 1961: *Daughters of Spain*, London.
- Posse, Abel, 1983: *Los perros del paraíso*, Barcelona.
- Redondo Ledo, Victoriano, 2003: *El señor de Carucedo*, Madrid.
- Rubin, Nancy, 2001: *Isabella of Castile*, New York.
- Rus, Salvador, 2010: *Tanto Monta... Lecciones históricas de las decisiones de Fernando el Católico*, Madrid.
- Vaca de Osma, José Antonio, 1995: *Yo, Fernando el Católico*, Barcelona.
- Vidal, César, 2002: *Yo, Isabel la Católica*, Barcelona.
- , 2003: *La dama de la reina Isabel*, Madrid.
- Vizcaíno Casas, Fernando, 1987: *Isabel, camisa vieja*, Barcelona.
- , 1988: *Las mujeres del Rey Católico*, Barcelona.

Zueco, Luis, 2023: *El tablero de la reina*, Barcelona.

Fuentes secundarias

- Aínsa, Fernando, 1991: «La nueva novela histórica latinoamericana», *Cahiers du CRLAR*, II, pp. 15-22.
- Ayllón, Manuel, 2010: *Leyendas urbanas de la historia de España*, Barcelona.
- Azcona, Tarsicio de, 2004: *Isabel la Católica. Vida y reinado*, Madrid.
- Barrio Barrio, Juan Antonio, 2004: «La Edad Media en el cine del siglo xx», *Medievalismo: Boletín de la Sociedad Española de Estudios Medievales*, 15, pp. 241-268.
- Belenguer, Ernest, 1999: *Fernando el Católico*, Barcelona.
- Camacho González, M.^a del Carmen, 2020: «Representaciones de la realidad en series de ficción histórica. El abordaje de un rol femenino en *Isabel*», *Revista Panamericana de Comunicación*, 2, pp. 78-86.
- Cepeda Adán, José, 1950: «El providencialismo en los cronistas de los Reyes Católicos», *Arbor*, 17.59, pp. 177-190.
- Colón, Hernando, 2003: *Historia del Almirante*, Barcelona.
- Corral, José Luis, 2002: «Olvido y reivindicación en la historia medieval: la biografía», *Edad Media. Revista de Historia*, 5, pp. 19-37.
- Costa-Amic, Bartolomeu, 1992: *La mallorquinidad (catalanidad o hispanidad) de Colom*, México D. F.
- Díaz-Mas, Paloma, 2005: «Del ensayo histórico a la novela histórica», *Boletín Hispano Helvético*, 6, pp. 111-124.
- García Cárcel, Ricardo, 1999: «El divorcio historiográfico de los Reyes Católicos», *ABC Cultural*, 29 de mayo de 1999, p 28.
- García Gual, Carlos, 2002: *Apología de la novela histórica y otros ensayos*, Barcelona.
- Godoy Domínguez, M.^a Jesús, 2018: «*Isabel*: la recreación cinematográfica post-moderna de una reina medieval», en Silvia Cernadas Martínez y Miguel García-Fernández (eds.), *Reinas e infantas en los reinos medievales ibéricos. Contribuciones para su estudio*, Santiago, pp. 531-544.
- Gómez-Moreno, Manuel y Mata Carriazo, Juan de (eds.), 1962: *Memorias del reinado de los Reyes Católicos que escribía el bachiller Andrés Bernáldez, cura de Los Palacios*, Madrid.
- Gómez Redondo, Fernando, 2006: «La narrativa medieval: tipología de modelos textuales», en José Jurado (ed.), *Reflexiones sobre la Novela Histórica*, Cádiz, pp. 319-359.

- González Pérez, Aníbal, 1992: «Imágenes de la conquista y la colonia en la novelística hispanoamericana contemporánea: notas para una interpretación», *Revista de estudios hispánicos*, 19, pp. 431-448.
- Grützmacher, Łukasz, 2009: *¿El Descubridor descubierto o inventado?*, Varsovia.
- Huertas Morales, Antonio, 2015a: *La Edad Media contemporánea. Estudio de la novela actual de tema medieval (1990-2012)*, Vigo.
- , 2015b: «Una mirada argentina al Descubrimiento: *El conquistador* (2006), de Federico Andahazí», en Mirjana Polic Bobic, Gordana Matic y Antonio Huertas Morales (eds.), *La literatura argentina del siglo XX: un recuento*, Zagreb, pp. 53-66.
- Kamen, Henry, 2018: *Fernando el Católico*, Madrid.
- Liss, Peggy K., 1998: *Isabel la Católica*, Madrid.
- Marañón, Gregorio, 1975: *Ensayo biológico sobre Enrique IV y su tiempo*, Madrid.
- Mata Carriazo, Juan de (ed.), 1943: *Crónica de los Reyes Católicos por su secretario Fernando del Pulgar*. Versión inédita, 2 vols., Madrid.
- Maza Zorrilla, Elena, 2006: *Miradas desde la historia. Isabel la Católica en la España Contemporánea*, Valladolid.
- Menton, Seymour, 1993: *La nueva novela histórica de América Latina (1979-1992)*, México D. F.
- Moragón Maestre, Manuel, 1987-89: «Dos novelas en la desmitificación del Descubrimiento de América», *Estudios románicos*, 5, pp. 987-995.
- Morales Muñiz, Dolores Carmen, 1996: «Significación e historiografía de Alfonso XII de Castilla: nuevas vías de investigación», *Medievalismo*, 6, pp. 213-237.
- Morales Muñiz, Dolores Carmen y Caro Dobón, Luis, 2013: «La muerte del rey Alfonso XII de Castilla», *Hidalguía*, 358-359, pp. 293-321.
- Pérez Priego, Miguel Ángel, 2005: «Notas sobre novela contemporánea de tema medieval», en Salvador Montesa Peydró (ed.), *A zaga de tu huella: homenaje al profesor Cristóbal Cuevas*, Málaga, vol. II, pp. 583-596.
- Pulgarín, Amalia, 1995: *Metaficción historiográfica. La novela histórica en la narrativa hispánica posmodernista*, Madrid.
- Sáenz de Santa María Gómez-Mampaso, Blanca, 2004: «Una visión sobre el testamento y el codicilo de Isabel la Católica», *Icade*, 63, pp. 113-152.
- Salvador Esteban, Lucía, 2016: «Historia y ficción televisiva. La representación del pasado en *Isabel*», *index.comunicación*, 6.2, pp. 151-171.
- Salvador Miguel, Nicasio, 2009: «Los Reyes Católicos y el cine español», en Josep Lluís Martos y Marinela García Sempere (eds.), *L'Edat Mitjana en el cinema i en la novel·la històrica*, Alacant, pp. 511-522.

- Suárez, Luis, 1992: «Análisis del Testamento de Isabel la Católica», *Cuadernos de Historia Moderna*, 13, pp. 81-89.
- , 2002a: *Isabel I, Reina (1451-1504)*, Barcelona.
- , 2002b: «El retorno de las biografías», *Edad Media. Revista de Historia*, 5, pp. 11-17.
- , 2004: «Isabel la Católica, la imagen de un reinado», en Julio Valdéon Baroque (ed.), *Visiones del reinado de Isabel la Católica*, Valladolid, pp. 293-303.
- , 2013: *Fernando el Católico*, Barcelona.
- Ulloa, Luis, 1927: *Cristòfor Colom fou català: la veritable gènesi del descobriment*, Barcelona.
- Valdéon Baroque, Julio (ed.), 2004: *Visiones del reinado de Isabel la Católica*, Valladolid.
- Verd Martorell, Gabriel, 1992: *Colon, mallorquí. L'origen de Cristòbal Colon 1*, Palma de Mallorca.
- , 2022: «En las Capitulaciones de Santa Fe se refleja la nobleza de Colón», *Pregón*, 62, pp. 50-54.
- Viñes Rueda, José Javier, 2022: «Los bastardos del príncipe de Viana», *Pregón*, 62, pp. 44-49.
- Wiesenthal, Simon, 1992: *Operación Nuevo Mundo. La vela de la esperanza*, Barcelona.